

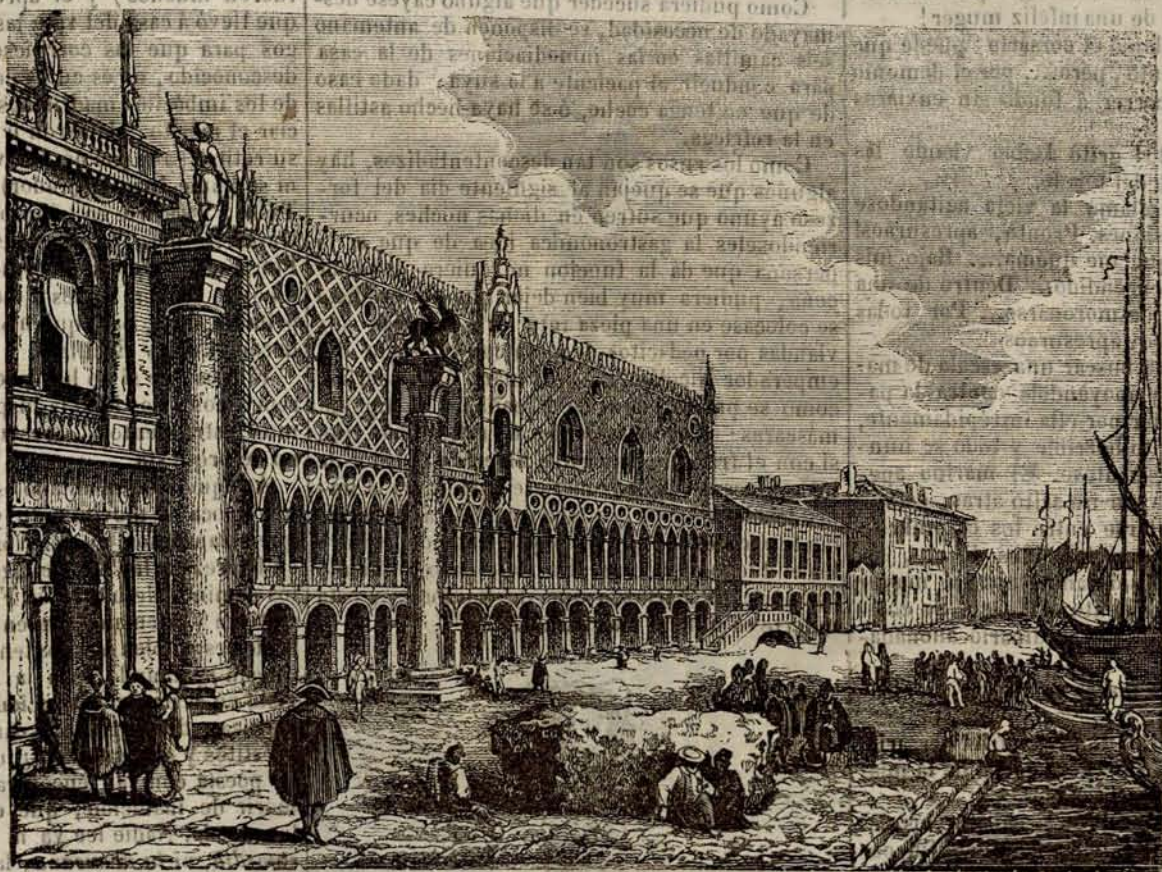
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 83.

MADRID 22 DE MARZO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



UNA VISTA DE VENECIA.

FUEN SANTA
EN LAS ROCAS. — CONTINUACION.

A pesar de los rápidos progresos del incendio, la granja permaneció sepultada en el mas profundo silencio, como si hubiese sido abandonada por todos sus habitantes. Poca gente, con efecto, habia en ella. Los hijos del granjero, con arreglo á la órden de su padre habian salido para la costa al anocheecer; los criados aprovechándose de la ausencia de sus amos se dirigieron á la *velada* de la aldea inmediata; la granjera dormia pacíficamente en su cama, é Isabel sola, sentada al hogar resistia al sueño hojeando un libro viejo de leyendas que habia hecho dormir de pie á muchas generaciones. Sea por efecto de la misma lectura ó por el sonido monótono de la péndola del reloj de caja que habia en la sala de entrada de la granja, la jóven dejó caer el libro y cerró sus hermosos ojos, cuando un repentino crujido y un fuerte olor á humo hirieron á un tiempo su oído y olfato. Palideció, una terrible idea surcó por su mente y saliendo al patio se encontró envuelta en una nube de humo. Apenas habia pronunciado el alarmante grito de «fuego» cuando divisó una forma humana moviéndose hácia ella, y antes de que pudiera huir, se sintió levantar del suelo por dos vigorosos brazos. Despues de algunos minutos de marcha el hombre que la llevaba la colocó en tierra con cuidado cerca de otro hombre á quien alumbraban los rojos rellejos del incendio. Isabel solo necesitó una mirada para reconocer las facciones del corsario, pero tam-

poco necesitó mas para leer una resolución firme é irrevocable en la mirada ardiente de su raptor.

—Jóven! la dijo con voz firme é imperiosa, despídete de este punto de tierra donde has vivido, porque aun cuando las llamas no la devorasen tampoco la volverías á ver mas: tus dias deben correr desde ahora sobre un elemento mas inquieto que el que pisamos.

Isabel no respondió pero echó una mirada sobre el techo paterno: el incendio se propagaba con ardiente voracidad, y parecia que las llamas solo habian esperado, la salida de la jóven para apoderarse de la puerta. Durante esta muda y dolorosa contemplacion, una brisa de mar que atravesó el valle ayivó el fuego disipando el humo, y la luna atravesando las nubes, enturbó sus pálidos rayos en torrentes de llamas rojas y sangrientas que atravesaban el espacio.

—Gran Dios! exclamó de repente la jóven salvada, salvad á mi madre!

—Has hablado demasiado tarde, la respondió el corsario con frialdad arrastrándola consigo. Mas apenas habia dado un paso, cuando oyó una voz penetrante gritarle desde el centro de las llamas:

—Cavarol, Juan Cavarol, socórreme.

—Quién es la lechuza que asi chillá en la obscuridad de la noche? preguntó el corsario sin volver la cabeza.

—Oh!... no huyas.... te lo suplico.... te lo mando.

El corsario se volvió para ver quien era el atrevido que le imponia preceptos, é Isabel dió un penetrante grito al descubrir á su madre sobre el tejado que iba á ser presa de las llamas,

torciéndose los brazos con señales de la mas violenta desesperacion.

—No habia predicho que mi venganza caería sobre esta casa como un terrible huracan? dijo el corsario con una espresion de ferocidad triunfal.

Ingrato, replicó la anciana; porqué me envuelves en tu aborrecimiento? Tu, cuyo nombre me ha hecho siempre estremecer de amor; tú, cuya peligrosa existencia me ha hecho pasar mortales angustias!—Calló por un momento, y añadió despues de dirigir una espantosa mirada al rededor.—Escúchame: veo que se acerca la muerte y todo lo debo confesar: despues que sepas lo que tengo que decirte verás si debes salvarme ó abandonarme. En otro tiempo era yo una jóven cuyos encantos celebraban todos en el valle, hasta que un dia abandoné la casa paterna prestando un viaje á Inglaterra para visitar uno de mis parientes. Pero en vez de pasar el canal de la Mancha, permanecí durante un año á bordo de un bergantín mandado por el mas temido de los contrabandistas del canal. Este era un jóven gallardo de veinte años: de noche desembarcaba en la costa y traia aguardiente á mi padre, y esto dió lugar á que le conociera, y el fue quien me decidí á cometer la falta de abandonar el valle; todo permaneció oculto. Despues de algunos meses, en medio de los horrores de las tempestades, sobre un frágil buque próximo á ser tragado por las olas di á luz un hijo, á quien abandoné para volver á la casa de mi padre. El contrabandista no volvió mas. Le llamaban *maese Sly* y oia hablar con frecuencia de las tretas de los aduaneros. Olvidada por él y obligada por mí

padre me casé. Algunos años después recibí un anónimo que despertó los dolores y los gozes largo tiempo adormecidos en el fondo de mi corazón y en él se me decía que vivía un hijo con el nombre de Juan Cavarol.

—Voto al demonio! exclamó el corsario con una irónica sonrisa: bellísima genealogía para anotarla en mi registro!

—Hombre de corazón de hierro! gritó la anciana ¿cómo puedes chancearte hallándose la que te dió el ser próxima á perecer? Debería que te dió el ser próximo á perecer? Debería yo morir de mano de mi primer hijo, del hijo de mi amor, del hijo á quien, con detrimento de los otros, quería con toda mi alma?.... Oh Dios mío! terrible es el castigo que descargas sobre las canas de una infeliz muger!

—Pues bien, exclamó el corsario: puede que todo eso sea un cuento, pero.... por el demonio que no lo dejaré correr á fondo sin enviáros siquiera un cable.

—Pronto, pronto! gritó Isabel viendo las llamas enseñorearse del tejado.

—Apresuraos! exclamó la vieja agitándose con fuertes convulsiones. Pronto, apresuraos! siento ya el fuego que me quema.... Bajo mis pies hay un horno encendido... Dentro de un instante todo va á desmoronarse... Por todas las potencias del cielo, apresuraos.

El corsario corrió á buscar una escala de mano á un cobertizo, y apoyándola contra la pared se disponía á subir por ella intrépidamente, cuando se oyó un grito horrible y todo se hundió con un crujido espantoso. El marino apenas tuvo tiempo para dar un salto atrás, estando á pique de sepultarse entre los escombros. Permaneció por algunos instantes de pie, los brazos cruzados, considerando con la mayor consternación el incremento del fuego. Su compañero le sacó de tan extraordinario anonadamiento.

—Juan, le dijo: la marea va á subir y es necesario ganar la mar.

—Muerte y tempestad! exclamó el corsario: ¿la desgracia de esa vieja será causa de la mía? ¿Serán ciertas sus palabras?

Inmediatamente montaron á caballo los dos marinos. Isabel medio muerta de miedo fué colocada á la grupa detrás del corsario quien la sujetaba fuertemente, y al momento caballos y ginetes partieron con la rapidez del rayo, alumbrados por el incendio cuyos reflejos se estendian por entre las malezas del bosque.

(Continuará.)

UN BAILE EN LA SIBERIA.

Acontece frecuentemente que algunos sujetos de este país quieren dar bailes á imitación de la costumbre tan admitida en el resto de la Europa civilizada; pero, que diferencia entre estas funciones y las de igual clase en Londres, París y Madrid! La falta de costumbre sin duda es causa de que ni aun calcular sepan allá el número de personas que pueden contener los salones, y de aquí se sigue, que donde caben cuatrocientas personas, meten cerca de mil.

Una hora antes de la señalada, para dar principio al sarao, empiezan á llegar los carruages, que los pocos minutos embarazan la calle en términos de ponerla intransitable, siendo escandalosa la algazara que con este motivo arman cocheros y lacayos. Aquí la lanza de un coche rompe los cristales de la portezuela de otro: allí cae un cristal en la refriega un ojo una mula: los *Kawschergts*, (que equivalen á nuestros serenos), andan á palos con mulas y cocheros. Resulta de este desorden que alguna se-

hora no pueda apearse de su coche en dos horas y media, y entra en el baile cuando los demás salen.

Los convidados, que medio ahogados, llegan á penetrar en los salones, tienen que situarse en un rincon, sin poder moverse, y gracias que las oleadas continuas de la gente no deje pegado á alguno en la pared, lo mismo que cartel de teatro.

La danza mas en boga allí es el *Kards*, que se asemeja mucho á nuestros minués antiguos.

En estos bailes jamás hay ambigü como en los de Madrid, porque reconocen que para alivio del calor lo mas esencial es el agua: esta no falta en abundancia.

Como pudiera suceder que alguno cayese desmayado de necesidad, se disponen de antemano seis camillas en las inmediaciones de la casa para conducir al paciente á la suya, dado caso de que no tenga coche, ó se haya hecho astillas en la refriega.

Como los rusos son tan descontentadizos, hay algunos que se quejan al siguiente día del forzoso ayuno que sufren en dichas noches, ocurriéndoseles la gastronómica idea de que si la persona que dá la función no quiere disponer cena, pudiera muy bien dejar que un fondista se colocase en una pieza interior á cambiar sus viandas por pedacitos de plata con el busto del emperador Nicolás.... ó mas claro á venderlas, como se practica aqui en España en tiempo de máscaras: pero estas gentes no reflexionan que si con el frio que hace en la Siberia y el calor de los salones del baile cometiese cualquiera la imprudencia de cenar, estaba espuesto á un accidente apoplético, que es lo que trata de evitarles el dueño de la casa. En todo caso lo mismo es morir de hartazgo que de hambre; y esta muerte es mucho mas barata.



FISIOLOGIA DEL POETA.

INTRODUCCION.

Nescio quid nugarum meditans Totus in illis.

HORAC.

Que les gens d'esprit sont betes

BEAUMARCHAIS.

No falta quien diga que ya no hay poesía: tal vez será verdad, y no sé yo seguramente quien se empeñe en probar lo contrario; lo que sí me atrevo á asegurar, que si no es este el siglo de la poesía, es el siglo de los poetas: ó si no se me quiere conceder tanto, al menos no podrá negarseme que estamos en la época de los copleros. Apenas pasa día sin que veamos cubiertas las esquinas de anuncios

TEATROS.

CRUZ. A las siete y media de la noche. EDIPO, muy acreditada tragedia en cinco actos, original de D. Francisco Martinez de la Rosa, que será exornada con todo el gran aparato teatral que su argumento exige. PERSONAJES. ACTORES. Yocasta. Sras. Lamadrid.

Edipo. Sres. Latorre. Sacerdote. Lumbreras. Hiparco. Pizarroso. Forbas. Lopez. Mensajero. Sanchez. PRINCIPE. A las siete de la noche. Se pondrá en escena el gran baile nuevo, heroico, en cuatro actos, compuesto

y dirigido por Mr. Victor Bartholomin, titulado PIZARRO ó SEA LA CONQUISTA DEL PERU. CIRCO. A las siete de la noche. Se volverá á poner en escena la grande

ópera en tres actos del célebre maestro Donizetti, titulada MARINO FALIERO. El señor Olivieri, en obsequio de la empresa, desempeñará el papel de Israel, aunque no es de su cuerda. MADRID: IMPRENTA DE BOIX.

insertos en tremendos cartelones, que al poste mas macizo y berroqueño le levantan vegigas y chichones. En ellos se lee: «Poesias satíricas ó didácticas, ó bucólicas, ó clásicas, ó románticas, por don Pedro Fernandez, ó por don Juan Peranzules.» Todos preguntan: ¿quién es ese Fernandez? ¿qué Peranzules es el autor de las poesias?—Toma! contesta uno con aire de suficiencia..... ¿quién ha de ser?.... un poeta. — Ya me lo figuró.... cuando ha compuesto versos.... Pero vd. le conoce?— Yo no. ¿Y vd.?— Tampoco. Si se vá preguntando uno por uno, nadie tiene noticia del genio improvisado mas que el candidato editor que soltó los cuartos (aunque no fueron muchos) y el aprendiz de la imprenta que llevó á casa del vate las pruebas de los pliegos para que las corrijiere: pero si el sabio es desconocido, no es culpa de su modestia: sino de los imbéciles madrileños que no saben apreciar el mérito; debieron ir á buscar al sabio en su retiro (aunque no sea villano en su rincon, ni se llame Juan Labrador) y coronarle como á Tasso, y sacarle en triunfo lo mismo que á Petrarca... pero ¿que entienden de Tassos ni Petrarca los que se duermen en el Liceo cuando oyen recitar versos á mas de cien genios de primera clase, para quien son niños de teta Calderon, Lope y Ercilla?

Ello es que si no hay poesia, hay poetas; lo repetimos: nos falta la inspiración, pero tenemos instrumentos; carecemos de música, pero no de orquesta.

Aunque bien meditado es muy cierto que en una época de movimiento y transición como la que alcanzamos, cuando los coches por esceder en ligereza á las alas del águila se despeñan por los caminos de hierro en Francia, Bélgica, Inglaterra y Alemania; (mientras que los estacionarios españoles nos contentamos con volcar en calesin): cuando toda la Europa tiene fija la vista en cartas constitucionales, periódicos de política y desvergüenza, cámaras, guerras, empréstitos y contratistas, ¿qué diablo ha de hacer la poesia con tan encontrados elementos?.... morir de inanición, que es cabalmente lo que le sucede. Nadie lee ya ni recuerda *la divina comedia*, ni *la araucana*; la literatura se ha retirado á sus últimos atrincheramientos, el teatro: y aun allí para conmoveder, necesita valerse de sus postreros recursos, de sus resortes mas violentos, el drama. Esta es una triste verdad, pero triste ó alegre es verdad, y basta.

En cambio tenemos otras inmensas ventajas, y vaya lo uno por lo otro: no hay poesia, pero hay infinitos establecimientos para alojarla si la hubiese: Liceo, Ateneo, Museo, Academia, Instituto, y de no caber ahí la colocaríamos aunque fuese en la plaza de toros: tenemos una calle con piso de madera, aunque los portales siguen empedrados: tenemos la calle de Alcalá con joroba en el pavimento: las fruterías y vendedores ambulantes interceptando el paso: los pobres en san Bernardino (excepto unas cuantas docenas de andrajosos que infestan los paseos y los cafés): los picapedreros dejando tuerco á todo el que pasa, ó *faltoso de un ojo*, como dicen los gallegos: los bancos del salon del Prado, que se han acercado á ver pasar los coches, y el paseo llamado *Paris* mas estrecho, y por consiguiente mas incómodo; siempre es ventajoso: tenemos de seis á diez de la noche unas quinientas sílfidas en chancas por las calles del Príncipe, Carrera de san Gerónimo y Plazuela de santa Ana. Estos bienes que nos produce la civilización del siglo XIX valen cuando menos tanto como la poesia del XVII. Todo está compensado en este pícaro mundo.

(Continuará.)